



S. PEREYRA; G. VOMMARO & G. PÉREZ (Eds) (2013).
La grieta. (Política, economía y cultura después del 2001), Ed. Biblos, Bs. Aires, 246 pp.

Roberto FOLLARI. Universidad Nacional de Cuyo, Argentina.

Un libro capital, que se propone establecer una diáspora de puntos de vista acerca de las causas, despliegue, cierre y consecuencias de las movilizaciones que en el año 2001 llevaron en la Argentina a la abrupta caída del gobierno de la Alianza, hegemonizado por la Unión Cívica Radical. Convoca a una amplia gama ideológico/teórica de autores (Aroskind, Grimson, María Pía López, Ollier, Rinesi, Svampa, Schuster entre ellos), lo que permite establecer puntos de vista mutuamente diferenciados—cuando no directamente enfrentados—que operan en cinco secciones diferentes: 1. Variaciones sobre el acontecimiento y su legado; 2. Populismo y republicanismo: narrativas de la crisis y de la reconstrucción; 3. Movilización social y crisis política; 4. ¿El fin del neoliberalismo? Transformaciones del Estado y el modelo de acumulación; 5. Estética y política en el horizonte de la crisis.

El libro recoge —corregidas y perfeccionadas— las intervenciones de la mayoría de sus múltiples autores en unas jornadas realizadas a los 10 años del 2001 para discutir su legado, que implicaron a instancias de posgrado de las universidades de San Martín, de Gral. Sarmiento y a la Univ. de Buenos Aires.

Libro complejo y múltiple, que reúne nada menos que 19 colaboraciones, se hace imposible de reseñar de una manera que sea fiel analíticamente al conjunto de sus componentes. Siendo así, asumiré una estrategia entre otras posibles: haré breve referencia a algunos puntos destacables dentro del conjunto de contribuciones, y me centraré luego en la cuestión de republicanismo y populismo, especialmente en la posición esgrimida por Gerardo Aboy-Carlés, dado cómo repercute ella dentro de la polémica teórica existente hoy en la Argentina en torno a esa cuestión. En tanto un gobierno como el kirchnerista —surgido en 2003 y aún presente en tercer período de mandato— vino a operar de alguna manera como sutura de los hechos de 2001 o —en todo caso— pudo ocupar su lugar gracias a la irrup-

ción de masas de aquel mes de diciembre, es que caracterizar teóricamente a ese gobierno es una condensación de polémicas no sólo sobre populismo y republicanismo, sino también sobre teoría política *tout court*.

Nos disculpamos, entonces, por no seguir a cada autor, lo que llevaría a una cuasi-reproducción del tamaño del libro comentado (algo así como aquel mapa de Borges que tenía la escala misma del mundo a representar). Algunos hallazgos que queremos destacar: 1. En el texto de Vommaro, la advertencia de que en el año 2001 comenzó lo que la campaña de los medios hegemónicos ha dividido en, por un lado “la gente” (sectores medios, ilustrados, prolijos) y por el otro los “cabecitas negras” (quienes irían a las movilizaciones “acarreados” por otros). Esta versión virtuosa acerca de las clases medias “autónomas” en sus movilizaciones —caracterizables mayoritariamente como de derecha— continúa hasta hoy, para denigrar y minimizar las manifestaciones de sectores populares y de sectores políticos organizados; 2. El “horror a la represión” que se desató desde entonces en la Argentina (hubo 39 muertos por represión policial en los hechos de 2001, por los cuales no hay un solo preso, y continúa un juicio de realización aún pendiente) es destacado por Grimson, quien advierte cómo por esa razón cayó el gobierno de Duhalde (reemplazado en 2003), y cómo por tanto el kirchnerismo se negó a reprimir aún en situaciones de legitimidad para hacerlo; mostrando además el autor, que las muertes en provincias (que ha habido más de 10 durante los gobiernos kirchneristas) no son advertidas como de igual importancia a las sucedidas en la Capital Federal (el muy conocido caso de Mariano Ferreyra); 3. Según Pereyra la denuncia anti-corrupción, que sirvió para erosionar al menemismo, derivó luego en una defensa moralista del individualismo, que operó en 2001 como anti-política (“que se vayan todos”), y que aún hoy funciona así en la discusión política nacional, anclándose en un discurso claramente de derecha; 4. En 2001 no se quería acabar con el sistema (como las interpretaciones tipo Negri sugieren), sino integrarse a él; es lo que aporta Gordillo, y ello resulta incontestable, dado que de haber habido una opción revolucionaria aceptada mayoritariamente, era la ocasión perfecta para concretarla; por el contrario, tras la revuelta se

volvió al orden y a la exigencia de una voz que ordenara el país desde el Estado.

Podrían multiplicarse referencias, pero basten las realizadas para que se capte algunos de los incontables nudos de discusión que el libro posibilita. La multiplicidad de puntos de vista implica que hayan voces muy cercanas al apoyo al gobierno (María Pia López, Rinesi), muchas que tienen simpatía por él pero hacen críticas en que toman parcial distancia (Vommaro, Pérez, Schuster), y también abiertos opositores (Gargarella y Svampa, los más evidentes).

Sobre estos dos últimos, dejo sólo una breve reflexión: su visión transparentista de los procesos sociales, los lleva a la idea (implícita, en textos tan breves) de una reasunción social de las funciones del Estado, sin etapas ni mediaciones. Esta negación imaginaria y abstracta de la mediación estatal en lo político, conlleva que cualquier política realizada en torno de la lucha por el poder estatal no sea suficientemente representativa de una sociedad que no requeriría representación externa, pues sería, en tanto sociedad, lo político de por sí. De tal modo, la reducción de lo político a lo social –desde esta posición– implica de hecho el rechazo de lo político en tanto forma/Estado, considerado como un mal a exorcizar. Siendo así, resulta esperable la incompreensión de las diferentes políticas (neoliberales o populares) que desde el Estado se realicen; para opciones como las de estos autores, todas son igualmente rechazables.

Y vayamos ahora a la cuestión populismo/republicanismo, que ocupa una parte importante del libro. Germán Pérez y Rinesi señalan argumentadamente que el kirchnerismo es populismo, pero también republicanismo (por ej., en la defensa de la libertad de prensa, en la transparencia de los procesos electorales, en la defensa de derechos humanos, se muestra lo republicano). Ello parece compartible, si es que no implica que se trata de dos “ingredientes” doctrinario-organizativos de igual peso recíproco. Si así no fuera (es decir, si lo populista tiene más peso que lo republicano, estando lo republicano presente), quizá no se siga de la posición de estos autores que el kirchnerismo no pueda ser definido a secas como *populista*. Es evidente que ninguna categoría, en sus aplicaciones concretas, repite a un “tipo/ideal”; por

tanto, llamar *populista* a un gobierno no significa que se trate de populismo sin mezcla de ningún otro aspecto, sino más bien que el aspecto populista es hegemónico en la combinación de factores y tradiciones implicados en ese caso.

Nos resta una alusión al trabajo de Aboy-Carlés, dentro de la discusión populismo/republicanismo. Considero importante subrayar ese texto, pues su autor es un distinguido politólogo, que tiene peso sustantivo en la discusión sobre esta temática. Aboy se formó en su momento con Laclau, del cual ha tomado distancia últimamente; y si bien sigue refiriendo al tema populismo, pareciera también que se estuviera implicando un alejamiento de su versión originalmente más favorable sobre el fenómeno político aludido en esa categoría.

Aboy también señala que hay componentes republicanistas en el kirchnerismo (como el de la reparación del daño, que otros autores como Aibar Gaete han ligado definitivamente al populismo)¹; y avanza luego en la descripción del *hegemonismo* como reducción de la comunidad a un solo punto de vista, que sería propio del populismo, el cual no estaría presente en la Argentina actual. Sí, habría, en cambio un *fundacionalismo* que pretendería que –de alguna manera– todo lo anterior fue homogéneamente antipopular, y lo popular (excepto en cuanto al peronismo histórico) surgió con el kirchnerismo exclusivamente. Es decir: el kirchnerismo se legitima fundacionalistamente, y esto se encuentra lejos de las tradiciones republicanas, ligadas al pluralismo como una de sus condiciones.

Aboy reconoce, además, que el kirchnerismo ha logrado cambios sociales en pro de lo popular sin acudir a la violencia. Pero advierte que no es un populismo pleno, por no ser suficientemente hegemónico, y menos aún un republicanismo pleno, dado que el pluralismo queda recortado por la pretensión fundacionalista exclusivista.

Sin dudas que es una versión simplificada la que expongo de los argumentos de Aboy, presentes en su artículo (“Después del derrumbe”, pp. 81 a 90). Trabajo lleno de sugerencias sutiles –al respecto las nuevas reflexiones sobre *plebs* y *populus* son ejemplares–, pero que no deja de presentar brecha para preguntas relevantes. ¿Es un déficit frente al pero-

1 AIBAR GAETE, J (2013). “La miopía del procedimentalismo y la presentación populista del daño”, in: AIBAR GAETE, J (Coord.) (2013). *Vox populi: populismo y democracia en Latinoamérica*, Bs. Aires, FLACSO-Univ. Nac. de Gral. Sarmiento-Univ. Nacional de Avellaneda, pp. 31-62.

nismo histórico, que el kirchnerismo sea una especie de “populismo atenuado”, o es una ventaja? Si es una ventaja, ¿por qué parece el texto asumir la tesis de cierta falta de “suficiente republicanismo” en el kirchnerismo? Y si se aceptara esta última opción: ¿cómo piensa Aboy que se daría la amalgama de amplio pluralismo y posibilidad de producir reformas sociales, que el kirchnerismo ha producido? ¿Se puede reformar sin cierta acumulación *populista* de poder político, sin que se implique algún margen de concentración de poder político en el gobierno?

Al respecto, es notorio en Aboy (así como sucede con muchas figuras actuales del republicanismo en Argentina, posición a la cual él no parece adscribir, al menos de modo “puro”) que no se habla de las campañas mediáticas y políticas opositoras, cuya fuerza y amalgama es permanente, y lo viene siendo desde la rebelión de los propietarios agrarios en el año 2008. Según su análisis las decisiones del gobierno parecieran ser autónomas, ajenas a una dialéctica donde existen adversarios enconados y fuertes, instalados en un poder económico de larga y consolidada data. La política argentina actual no parece así un juego de diversos actores mutuamente implicados y referenciados sino un camino solitario de parte del kirchnerismo, donde éste sería —en consecuencia— idéntico a lo que pretende ser.

Preguntas que deja planteadas el trabajo de Aboy-Carlés, quien tiene una deriva singular dentro de aquellos que han abrevado alguna vez en el populismo. Deriva que se viene expresando en otras intervenciones suyas, y queda en buena medida plasmada en su artículo dentro del libro *La grieta*.

Grieta que hace a la relación entre representantes y representados, cuya ruptura antes gradual se hizo patente de manera abrupta en el año 2001. Y que el kirchnerismo, a su manera, vino a suturar, dando lugar a la multiplicidad de diferentes puntos de vista a su respecto que hoy se expresan en la política argentina, y que este libro muestra en amplia gama, tanto ideológica como conceptual.

Julio BORROMÉ (2013). *Hacia una filosofía del mestizo y el desencuentro de los géneros literarios en la obra de José Manuel Briceño Guerrero*. Prólogo: Nelson Guzmán. Fundación Centro de Estudios Latinoamericano Rómulo Gallegos, Caracas, 185pp.

Douglas BOHÓRQUEZ, Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela.

Julio Borromé es poeta, narrador y ensayista. Estudioso de la literatura y la filosofía clásica y

contemporánea, Borromé ha incursionado también en la investigación de textos y autores de la filosofía y literatura venezolana moderna. Su más reciente libro titulado *Hacia una filosofía del mestizo y el desencuentro de los géneros literarios en la obra de José Manuel Briceño Guerrero* es un estudio penetrante en torno a una parte esencial de la producción intelectual de este filósofo y ensayista venezolano.

En efecto, José Manuel Briceño Guerrero es uno de los escritores venezolanos contemporáneos imprescindible. Su producción diversa y compleja va, en muchas de sus obras, a contracorriente de las formulaciones genéricas establecidas. Filósofo, filólogo, ensayista pero también narrador y poeta, libros suyos como *Dóulos Oukóon* (1965) ó *Triandáfila* (1967) escapan a una clasificación genérica.

En este reciente libro Borromé se ocupa fundamentalmente de la obra filosófica y ensayística de Briceño Guerrero, proponiendo una interpretación y valoración de la misma a partir de sus plurales relaciones entre literatura, cultura y pensamiento. Y será precisamente el diálogo de géneros, lo que Borromé denomina “desencuentro de los géneros” en la obra de este filósofo, uno de los aspectos centrales sobre lo que reflexiona este libro.

Es este estado de mezcla, la heterogeneidad del discurso de Briceño Guerrero, lo que según Borromé, le confiere la particular extrañeza a sus textos. De esta manera, la escritura de éste es una escritura de la mezcla que transgrede los géneros establecidos y busca a partir de esa transgresión interrogar las formas para generar nuevas posibilidades de sentido y por lo tanto suscitar lecturas alternativas. Considera Borromé que hay mucho de rebeldía y de provocación en el pensamiento y en la escritura de este filósofo y ensayista que no acepta ni las convenciones de la literatura ni las convenciones de la filosofía académica ó institucional, lo que lo convierten en un escritor extraterritorial (Steiner), dada su actitud heterodoxa y la fuerza renovadora de su lenguaje.

El “desencuentro de géneros” que señala Borromé en los textos de Briceño Guerrero alude por lo tanto a procesos de interrelación de formas (cuento y poesía, la filosofía penetrando en el relato o viceversa) que se traducen en re-figuraciones y re-semantizaciones que permiten explorar nuevas significaciones y por lo tanto vías de conocimiento alternas.

Hay pues en Briceño Guerrero, según Borromé, una suerte de práctica textual del mestizaje que está estrechamente ligada a su concepción

mestiza de la cultura latinoamericana. Por un lado Briceño Guerrero apuesta a la experimentación en su escritura a través de la confrontación de formas y géneros literarios y por otro lado, esta búsqueda ex-traterritorial está sustentada en una profunda reflexión filosófica de Briceño Guerrero sobre la naturaleza mestiza de la cultura latinoamericana, con todas las consecuencias que esto implica en relación a la consideración de las costumbres, tradiciones, psicología, modos religiosos, concepción del mundo y de la vida propias del latinoamericano.

En este sentido, señala Borromé, interpretando el pensamiento de Briceño Guerrero:

Nosotros somos un pueblo mestizo con una forma cultural sincrética, compuesta "por tres tradiciones: la occidental, la india y la negra". Esta extraña viscosidad de nuestro ser se nos advierte que no se trata de una mera influencia intracultural, sino que nuestra abigarrada constitución álmica como venezolanos y latinoamericanos debe reconocer y aceptar esa realidad histórica del mestizaje como producto de las mezclas, con la particularidad que está estructurada por fragmentos de culturas no europeas... (p.38-39).

Aun cuando Borromé muestra parte de la discusión planteada en torno al concepto de mestizaje, en su acepción cultural y antropológica, observa que lejos de formular una ideología de la homogenización, hay en Briceño Guerrero la idea del mestizaje como un concepto dialéctico referido a la alteridad constitutiva del ser latinoamericano.

Una de las tareas principales de la crítica es acercar al lector a los textos y autores considerados fundamentales. Este libro de Julio Borromé cumple cabalmente este cometido pues es un aporte significativo en relación a una mejor comprensión de la obra de Briceño Guerrero, sin duda uno de los escritores contemporáneos más relevantes de América Latina.

Gabriella BIANCO (2013). *Tiempos de cambio, tiempos de revolución – para un humanismo revolucionario*. Ed. Martin, Argentina, 356pp.

Dina V. PICOTTI C. UNGS, Argentina.

ca de las posibilidades que hoy se ofrecen, a la luz de las protestas y revoluciones que se están verificando en el mundo occidental, en los países árabes y por doquier. En este contexto se pregunta, en nutrido diálogo con autores representativos y con los mismos hechos, qué significa la democracia y la revolución, cuál es el rol de los intelectuales ante una crisis sin precedentes en los diversos aspectos de las sociedades contemporáneas, cuáles son las posibilidades de gobernabilidad global en un mundo en búsqueda no sólo de la solución de sus problemas sino de un destino humano de esperanza, verdad, bien y paz.

En una primera parte titulada "Ética, política, utopía y revolución" la autora, tras consideraciones introductorias que intentan pensar filosóficamente nuestra época como requerida de fuertes redefiniciones, desde una política y una ética que se orienten hacia la búsqueda del bien común, se refiere en un primer capítulo a "Cómo pensar la revolución en nuestro tiempo de capitalismo mundializado", en que tornándose insostenible la presión social y económica se exige una posición política que desde una real toma de conciencia implique una transformación radical de las estructuras dominantes, sean económicas, políticas o culturales. Se pregunta qué legitimidad moral poseen los procesos revolucionarios; piensa con H. Arendt (*Sobre la revolución*, 1988) que dada su imprevisibilidad se justifican por la irrupción de la idea de comienzo, que en sentido político histórico aporta un nuevo orden en las relaciones humanas, significando también irreversibilidad con respecto al pasado; voluntad y libertad corresponden a los conceptos de responsabilidad y actitud ética, siendo la promesa lo que sostiene la credibilidad de los hombres de acción como categoría comunitaria en una dimensión ético-política, dispuesta a un nuevo comienzo. Se pregunta asimismo cuáles son las consecuencias éticas de una revolución: menciona la alternativa que plantea Marcuse (*Contrarrevolución y revuelta*, años 70), ante la imposibilidad de la idea clásica de revolución, de ocupar espacios en el interior de la sociedad actual, en las grietas del sistema de dominio, que habiliten la liberación de la sociedad de mercancías y la creación de nuevos valores, implementando múltiples instrumentos de resistencia. Percibe en la promesa arendtiana y en la apuesta revolucionaria benjamiana la posibilidad de una lucha emancipadora, el punto de partida de una acción revolucionaria, que implica una honda rebelión moral, dada la intrínseca conexión entre ética y revolución en tanto esta última conlleva una función liberadora que no excluye

Tal como el título lo indica, esta nueva obra de Gabriela Bianco reflexiona detalladamente acer-

la violencia pero abre camino a una comunidad humana más auténtica y más justa. W. Benjamin (*La obra de arte en la época de su reproductividad técnica*, 1936; *Tesis de filosofía de la historia*) apuesta al potencial utópico, al elemento residual y emergente que contiene lo hegemónico y apunta no sólo a la revolución capaz de transformar las condiciones de existencia de las masas, sino a su realización mesiánica, poniendo énfasis en la historia como lugar de redención. Otra historia es posible; los movimientos políticos sociales, las protestas y reacciones de todo tipo que se han estado dando, son momentos de libertad, interrupciones, discontinuidades, intentos de auto-emancipación de los oprimidos.

Un segundo capítulo, titulado "La utopía de la igualdad" alude a la crisis actual de legitimidad de la democracia, que obliga a volver a interrogarla. La crisis financiera y económica ha evidenciado las falencias del neoliberalismo, sobre todo en sus peores expresiones como son la pérdida del estado social de los ciudadanos y el libre flujo de los capitales; las condiciones fundamentales que definen la ciudadanía hacen abstracción de las condiciones reales de existencia, poniendo en tela de juicio los términos libertad e igualdad que terminan por reducirse al plano formal, no traduciéndose en la vida diaria de los pueblos y en las relaciones sociales. Rebeliones y movimientos populares luchan por alcanzar mecanismos representativos en todos los aspectos de la vida individual y colectiva hacia un mundo mejor; la crisis ecológica, por su parte, impone inmensos desafíos. Como expresa P. Rosanvallon (*La sociedad de iguales*, 2012), la única definición e interpretación universal posible de la democracia es la radicalización de sus exigencias. La democracia, más allá del acto electoral es también y sobre todo actividad ciudadana; de este modo la revolución ciudadana en Ecuador y la revolución del pueblo en Venezuela claman por un protagonismo, una democracia positiva; es así como a diferencia de la democracia representativa liberal que se ha impuesto en la mayoría de los países occidentales, la autora considera importante analizar los procesos de democracia participativa en Venezuela y la del estado plurinacional de Bolivia. Ante el dominio capitalista, que ha generado una capacidad destructiva nunca antes vista, el desafío es la construcción de una nueva civilización, el pasaje del bienestar individual al buen vivir, al *sumak kausay* de las culturas originarias americanas. Las revoluciones sociales del siglo XXI en el continente han surgido de las resistencias y de las luchas de los pueblos, desde abajo, de

donde ha de surgir la edificación del poder propio, orientado a la transformación social.

Un tercer capítulo se refiere a la acción cultural para la libertad, autonomía y responsabilidad, una educación para la libertad, una verdad nunca acabada, en relación entre la emancipación humana y política, una ética de la responsabilidad y de la liberación que las abarque.

Un cuarto capítulo evoca la responsabilidad del intelectual en la configuración de significaciones sociales conforme a mecanismos y estrategias en el contexto social, histórico, político, invocando diversos planteos críticos de autores como A. Gramsci (*Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, en *Opere di A. Gramsci*, 1970) y la idea de hegemonía, C. Castoriadis y la noción del imaginario social, G. Lukács y la responsabilidad social del filósofo, Karl Popper (*La sociedad abierta y sus enemigos*) señalando el más alto valor de la democracia en la posibilidad de una libre y racional discusión y su capacidad de incidir en la realidad; J. Rawls refiriéndose desde la *Teoría de la Justicia* al *Liberalismo político* a una articulada fundamentación del orden y la gobernabilidad y una perspectiva novedosa de la teoría del contrato social, en una diluida identificación entre liberalismo y democracia; aunque la realidad nos muestra que hay un progresivo divorcio entre ésta y la legitimación liberal, no sólo porque el liberalismo no puede postularse como la única democracia posible, sino porque tiene que ver con la cuestión del consenso; Ch. E. Larmore (*The Morals of Modernity*, 1996) sosteniendo de manera semejante que tarea del liberalismo es encontrar esos principios racionales de equidad a través del diálogo y la asociación política que aseguren la gobernabilidad; sin embargo, en los países más avanzados y dominantes de la sociedad global ésta se define por la capacidad de gobernar desde un consenso rutinario, siendo todo intento de contra discurso descalificado como subversivo o anacrónico, necesita para mantenerse del control sobre las áreas de exclusión social, política y económica, revelando la distancia cada vez más dramática entre las instituciones y los ciudadanos; los medios de comunicación son utilizados desde una estrategia monopólica para diseminar mensajes que impiden de hecho la reflexión y el pensamiento crítico, el imaginario obra como sostén de la universalización del consumismo y como prueba de la existencia de una democracia supuestamente plena. R. Nozick, uno de los teóricos del neoliberalismo, plantea en *Anarquía, Estado y Utopía* la existencia de un estado mínimo, destinado a la protección del individuo y sus

propiedades; la propiedad privada entra en los derechos naturales del hombre, pero es contraria a la redistribución de los bienes, las desigualdades son consideradas naturales e inevitables, lo mismo que los derechos humanos; puesto que los marcos jurídicos son sólo formales, la relación entre estado y derecho sirve a los intereses de pocos, y la violencia se legitima como defensa de los mismos, profundizando así la desigualdad, legitimada por el principio de diferencia; los temas de la justicia, la equidad y de cualquier propuesta ética que aluda a los límites entre la libertad individual y la social quedan abolidos. Si para Rawls el libertarismo utiliza en forma importante la noción de acuerdo, no se trata de una teoría del contrato social, mientras por el contrario para N. Bobbio (*Derecha e izquierda*, 1995) la teoría liberal no puede subsistir sin el contrato y Hegel lo había propugnado desde la argumentación de la voluntad libre. La eliminación de la ética pública en el cuerpo doctrinario del liberalismo denota la incapacidad de comprender la ineludible necesidad de un poder público, el Estado, que actúe por encima de los intereses de las corporaciones privadas para el funcionamiento ordenado de la sociedad, más aún frente a las desigualdades que caracterizan a la sociedad global. Es así como en un mundo que está determinado por la vigencia de un modelo económico neoliberal ya fuertemente en crisis, sustentado filosóficamente por el pensamiento posmoderno, éste y cualquier discurso se ha roto y se impone entonces llegar a habilitar discursos transformadores y superadores, recuperando la idea-valor de la democracia, un discurso y un tipo de acción socio-política que favorezca la construcción de una ética política de la libertad y la igualdad, contra la marginalidad, la pobreza crítica y la degradación económico-social, abriendo nuevos espacios democráticos. Los intelectuales serían según H. González (Revista *Topía* 2012) quienes se disponen a reflexionar acerca de estos problemas, articulando los elementos contradictorios presentes en la realidad, a intervenir en los asuntos públicos con un sentido de justicia e incluso escribir sobre la misma condición intelectual como Gramsci, siendo a la vez efecto y causa de la crisis imperante. P. Rosanvallon, reconociéndose un intelectual de izquierda, se refiere al rol del intelectual en Europa de producir lucidez, poner a disposición una caja de herramientas para comprender la sociedad, de tal manera que se pueda también controlarla. En el caso de las protestas de los indignados es central, para la autora, alcanzar un mundo más inteligible y maleable, la construcción de nuevas formas de igualdad, deteniendo el

retroceso de las clases frente a los grandes intereses del capital mundializado. Si en el mundo occidental las clásicas políticas redistributivas están en franco retroceso, en tanto los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, hay otros modos de combatir la injusticia social, basados en el reclamo por las peculiaridades culturales —género, etnia, lengua, culto—, demanda de derecho a la visibilidad individual que se enlaza con las identidades colectivas, que aun careciendo de enrolamiento y compromiso político partidista se perfilan como antiautoritarias y socialmente movilizadoras. La noción de multiculturalismo que parece haberse convertido en ideología del nuevo espíritu del capitalismo, como expresa Zizek es una falsa respuesta al problema, en tanto por una parte es una suerte de racismo denegado y por otra respeta al otro pero cerrándolo en su particularismo. Como el mismo presidente Obama reconoce, lo paradójico de una crisis, aún no superada, provocada por la mayoría de los banqueros es la de ser legal, puesto que las corporaciones no infringen sino hacen la ley, los grupos de poder influyen en legisladores que quieren ser reelectos. En un mundo esencialmente injusto, como las corrientes socialistas del s. XIX y XX que recolectaron la ira colectiva, la buena ira según Aristóteles como sentimiento que acompaña al deseo de justicia, nuestro momento histórico parece estar signado por la ira y la indignación, una protesta que recorre el mundo e impone pensar una nueva izquierda, que pueda según la autora recoger e interpretar los anhelos de libertad, justicia e igualdad. Con respecto al rol de los intelectuales, P. Rosanvallon critica al intelectual generalista, que opina sobre todos los temas, también al rol de consejero del príncipe que fabrica conceptos y discursos a su favor; M. Svampa (Revista *Topía*, 2012) ante las diversas crisis de la última décadas y la demanda de profesionalización y especialización del saber concede centralidad a la figura del intelectual experto, aunque como señala Z. Bauman éste ha sido paulatinamente reemplazado por figuras más modestas, como la del intelectual intérprete que se define más como traductor y comunicador de saberes sin pretensión legislativa alguna, o según la misma M. Svampa la del intelectual ironista, quien a partir de la crisis de los lenguajes emancipatorios y de los paradigmas totalizantes plantea la distancia irónica y provocativa con respecto a la realidad, o bien surge la figura del intelectual anfibio, que se define por su pertenencia a varios mundos, su capacidad de desarrollar una mayor comprensión de las diferentes realidades sociales, vinculado a la repolitización de

la academia, a la emergencia de una nueva generación de intelectuales ligados a la militancia social y a las tensiones que se generan entre pensamiento militante y discurso del experto; la autointerpretación o indagación sobre las propias condiciones de producción atraviesa a las nuevas figuras del intelectual crítico vinculado a organizaciones y movimientos sociales. La batalla cultural se enmarca en la necesidad de dar cuenta de luchas invisibilizadas por el poder político, económico o mediático, interpelando el sentido común hegemónico para colocar otros temas en el debate público. Algunos colectivos nuclean intelectuales según cierta orientación ideológica, como por ej. en Argentina "Carta abierta", que desde 2008 pretende consolidar una nueva figura del intelectual político, no ya la del 'consejero del príncipe' sino al menos parcialmente la del 'intelectual funcionario', asociado a la política como conciencia crítica del curso político. En enero de 2012 surgió "Plataforma" como voz independiente de los diferentes poderes –políticos, económicos, mediáticos–, un espacio que nuclea a intelectuales y trabajadores de la cultura preocupados por las diferentes formas de desigualdad que atraviesa la sociedad argentina, recogiendo las urgencias de un pensamiento popular y crítico, trascendiendo la hegemonía cultural del partido al poder. E. Grüner piensa en la recuperación de lo común, identificando los verdaderos conflictos de la humanidad, su verdadero malestar, en la explotación, el hambre, la alienación económica y social; la crisis del capitalismo ofrece la oportunidad de pensar lo más radicalmente posible y con la libertad de decir 'esto no va más'; piensa, frente a la noción gramsciana de intelectual orgánico, en la condición insanablemente solitaria de quien tiene preguntas para las cuales no hay respuestas; aunque no es incompatible con el trabajo colectivo, pregunta contra los límites de la propia cultura y de los propios límites, más allá de los que se libran entre las facciones del poder, evitando quedar atrapado en los juegos de los medios y sus simplificaciones el mayor realismo. Daniel Blanchard, miembro de la revista "Socialismo y barbarie" escribe que a nivel intelectual ser revolucionario significa intentar entender el sistema de dominación como un todo a fin de combatir todas sus formas y no sólo bajo uno u otro aspecto, porque se trata no tanto de combatir el sistema vigente sino de hacer el esfuerzo positivo de reconstrucción de la sociedad, avanzar, como expresa Castoriadis, hacia el proyecto de una autotransformación autónoma de la sociedad. A fines de abril 2013, mientras Italia está sumergida en una profunda crisis económica y polí-

tica, que es también moral y espiritual, el político y técnico Fabrizio Barca escribe un manifiesto desde la izquierda proponiendo una forma de 'experimentación democrática', vislumbrando una acción pública que enfrente el decisivo problema de la exclusión del trabajo y del desempleo estructural.

En un quinto cap. la autora alude al cambio de un derecho internacional clásico a un nuevo orden cosmopolita, a valores cívicos y humanos para una justicia global, la paz como promesa y responsabilidad.

En un sexto cap. Se refiere a la identidad cultural y el diálogo global para una filosofía del presente.

Una segunda parte de la obra, que se titula "Para un humanismo revolucionario", plantea los diferentes movimientos de protesta desde los años 60 hasta el movimiento altermundista. Es así como en el cap. VII rescata los antecedentes y la lucha obrera y estudiantil: desde 1965 fueron años cruciales para la demanda de libertad y de cambios sociales, la revolución cubana de 1959 y la revolución cultural china, la protesta en Estados Unidos contra la guerra de Vietnam, la revuelta de Praga de 1968, se extendieron a todo el mundo occidental y desembocaron en el pedido de modernización con respecto a las viejas formas de pensamiento y a las reglas autoritarias vigentes en las sociedades. Se dan en ese momento hechos graves como el asesinato de Ernesto Guevara, quien se convierte rápidamente en un mito de coherencia y eticidad inspirador de la juventud, de Martin Luther King y del Ministro de justicia Robert Kennedy en 1968, sin olvidar la celebración del Concilio Vaticano II en 1962, impulsado por Juan XXIII y seguido por Paulo VI promoviendo aperturas y cambios en una Iglesia cerrada y conservadora.

Menciona los planteos de pensadores críticos que señalan diversos aspectos a ser tenidos en cuenta. como C. Castoriadis, J. Habermas, H. Marcuse, M. Augé, A. Touraine y movimientos políticos de emancipación, el mayo francés de 1968. Ernesto Guevara sostenía que era necesario tener una gran dosis de humanidad, de sentido de justicia y de verdad para no caer en extremos dogmáticos, escolasticismos, alejamiento de las masas, ser capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia contra cualquiera como la mejor cualidad del revolucionario: testimonio de independencia crítica y de búsqueda de un camino radical de acción. La autora observa que desde 1999 las manifestaciones contra el capital financiero, de Seattle a Génova y las rebeliones contra las políticas de injusticia expresaron la

voluntad de cuestionar un orden social cada vez más injusto, con la conciencia de estar tomando parte de una lucha de alcance mundial, de adhesión a un ideal de fraternidad universal entre los oprimidos y los indignados contra la injusticia, a pesar de tratarse de movimientos incipientes, llenos de indefiniciones. Entre ellos, el movimiento alter-mundista tendría el mérito histórico de haber iniciado una vasta labor de desvelamiento y deconstrucción de la ideología neoliberal, consecuencia de múltiples elecciones y decisiones y de una estrategia de disciplinamiento de los asalariados occidentales mediante el trabajo precario y la desocupación y de las poblaciones de los países pobres mediante la deuda y la expoliación de sus riquezas, que la mundialización sanciona como un sistema del Norte sobre el Sur, de los ricos sobre los pobres.

En un octavo capítulo la autora se refiere a los diversos movimientos de protesta:

Mientras las soluciones a los grandes problemas globales como la especulación financiera, hambruna, pobreza extrema, calentamiento climático, migraciones masivas, crimen organizado, proliferación armamentística, guerras locales y regionales, siguen esperando respuesta, el mundo se encuentra en plena crisis de transición; no se trata de una crisis cualquiera sino sistémica del capitalismo de libre mercado hegemónico en las últimas décadas, que se refleja en la disminución acelerada de la importancia de los países centrales, el ascenso de nuevas potencias, que produce un reequilibrio del mundo en lo económico, político y cultural. En esta situación la protesta social no deja de manifestarse, y los movimientos sociales se multiplicarán cuando los ciudadanos se den cuenta de que los ajustes no son de crisis sino estructurales y destinados a quedarse definitivamente, a la vez que hace falta una transformación ético-política de la sociedad como un todo para lograr la autodeterminación de un pueblo, la recuperación de la propia racionalidad crítica individual y colectiva frente a una racionalidad impuesta desde instituciones no democráticas, cuyos miembros no son elegidos por el pueblo y por lo tanto no lo representan, como el Fondo Monetario Internacional, la Comisión Europea y el Banco Central Europeo, hacia un cambio revolucionario cuyo itinerario no conocemos pero que puede preparar, con avances y retrocesos un mundo mejor.

Es así como pasa pormenorizada revista a los diversos movimientos de protesta, como el 15-M, la manifestación de los indignados en España, que puso en duda las bases del accionar político

del bloque europeo y por extensión internacional; el movimiento estudiantil en Chile por el derecho a una educación pública gratuita y de calidad, frente a la idea sostenida por la derecha chilena de la educación como un bien de consumo sometido a las leyes del mercado; las protestas estudiantiles en Québec en 2011 pidiendo un descuento del 8% en los derechos de escolaridad, Montréal en 2012, reprimidas con violencia por el gobierno de S. Harper, pusieron sin embargo al descubierto sus medidas conservadoras y obligaron a llamar a elecciones, con la victoria del partido Québécois, que eliminó por decreto el Bill-78; el movimiento estudiantil en México pone al descubierto los problemas del país; "Yo soy 132" surge en mayo de 2012, se define como un movimiento estudiantil, ciudadano, político partidista pacifista, anti EPN y anti PRI, anti neoliberal, que lucha por sus demandas basado en los derechos de libertad de expresión y soberanía, horizontal, sin liderazgos, sin distinción entre universidades públicas y privadas, incorporando también ciudadanos que comparten los motivos de la lucha, proponiéndose una práctica de civilidad y ética en sus acciones, bien informado, planteándose los objetivos de evitar la imposición de un candidato presidencial por los poderes fácticos y más allá de la coyuntura electoral, la transformación del país impulsando las medidas necesarias para acabar con un sistema excluyente y democratizar los medios de comunicación; en EE.UU. el movimiento "Occupy Wall Street", de efímera existencia, supo sin embargo dar forma a una cultura de protesta, estableció vínculos con los sindicatos y revitalizó la idea de solidaridad, aunque la izquierda, sobre todo universitaria va de derrota en derrota por no saber hacer causa común con el pueblo, mientras sería esencial construir un estado regulador competente, politizar el reclamo a una vida vivible y llenarlo de contenido y acción, en lo que cabe la pregunta sobre el papel de los intelectuales, que no pueden dejar de confrontarse con la desigualdad, explotación, injusticia social, alienación, como sí lo hizo por ej. K. Popper.

La autora considera a las revoluciones árabes ejemplo de revoluciones periféricas se afirmando cual baluartes de la opresión nacional, regional e internacional, irrumpiendo como una ola que representa la protesta de los pueblos insurgentes. Occidente ha intentado resistir al reconocimiento de un cambio de estructuras de poder en los países árabes, habiendo sostenido por claras razones geopolíticas sistemas autoritarios de poder desafiados por sus pueblos. En un contexto de ausencia de mediaciones políticas, de dirección política y de parti-

dos políticos, ya que las dictaduras árabes han desmenuzado toda forma de oposición, incluso las islamistas, las revueltas consiguieron de hecho derrocar a varios dictadores locales, aunque las elecciones libres permitieron también que partidos islamistas de corte reaccionario se adueñaran del poder –los hermanos musulmanes– e intentaran como lo están haciendo en Egipto conservarlo a toda costa. Las revoluciones árabes tienen o pueden tener influencia sobre el conflicto palestino-israelí, que seguirá siendo un factor de inestabilidad, aunque la adhesión de Palestina en 2012 a la ONU como estado no-miembro le permite superar su derrota histórica proyectándose hacia un destino de libertad al que tiene derecho. Es urgente la creación de un mundo común más abierto y más justo, en el respeto a la especificidad histórica y cultural de cada pueblo y de los derechos humanos universales, asumiendo como afirma Milton Santos que el derecho a la diferencia se articule con el derecho a la igualdad a través de la redistribución de la riqueza y la diversidad cultural como una componente esencial del desarrollo. La ola revolucionaria árabe, no obstante los fracasos y las inevitables regresiones, se va a extender, pues se trata de algo profundo, que tiene que ver con la identidad histórica de los pueblos árabes y con su propio destino, ya que con su riqueza e inteligencia no pueden quedar al margen de la historia y del mundo moderno.

En marzo de 2013 tuvo lugar el último Foro social mundial en Túnez, nido de la primavera árabe y origen de una nueva era de movilizaciones sociales, que ha inspirado a diversos movimientos en un mundo en plena ebullición. Que haya tenido lugar en Túnez es altamente significativo, ya que la Revolución del Jazmín de enero 2011, esencialmente no violenta, joven y popular generó grandes expectativas no sólo entre los tunecinos sino en los pueblos del Magreb y del mundo; fue un Foro esencialmente joven y fresco, marcando la vuelta al espíritu dinámico e innovador de los primeros foros sociales en Brasil, con los temas de la justicia social, la distribución equitativa de los recursos, los derechos de las minorías, el imperialismo, y en particular el derecho de las mujeres; permitió el encuentro de miles de asociaciones y grupos del país; otro aspecto notable fue la presencia de una nueva generación de militantes, muchos de ellos procedentes de nuevos movimientos europeos que fueron a encontrarse con otros más tradicionales; fueron particularmente criticadas las negociaciones que tienen lugar entre Egipto y Túnez con el Fondo Monetario Internacional por millones de dólares de préstamos, conside-

rando que gobiernos posrevolucionarios no pueden seguir adoptando ese tipo de medidas económicas. Crece el movimiento de oposición contra los nuevos gobiernos en los países árabes.

En Egipto la ira crece contra los Hermanos Musulmanes. Desde que éstos tomaron el poder en junio de 2012 con las elecciones presidenciales de Mohamed Morsi, derribaron las expectativas de millones de personas de que el nuevo gobierno siguiera luchando por las consignas de la revolución de paz, justicia y libertad. Por el momento los Hermanos mantienen el control y la lealtad de la policía y del ejército, en acuerdo evidente con EE. UU., que siempre fue aliado de Mubarak, quien aseguró sus intereses en el área, el uso del Canal de Suez para beneficiar corporaciones multinacionales, así como la protección al Estado de Israel; asimismo los Hermanos han mediado entre Israel y Turquía y mantienen una buena relación con Qatar, que es uno de los mejores aliados de EE.UU. en el Golfo; tienen una agenda de derecha, a favor de los negocios y contra los trabajadores, que no adhieren ni al programa liberal ni al islamista. Se impone una larga lucha, sobre todo para las mujeres que se están organizando en un frente de resistencia.

Qatar tira los hilos de la primavera árabe, expresa la autora. Se trata de un pequeño estado del Golfo, su diplomacia sostiene la transición democrática en el mundo árabe favoreciendo los movimientos islamistas sunitas, pues gracias a la primavera árabe los islamistas se encuentran al frente de la escena. En este contexto Qatar conduce el juego perfilándose como un actor principal, no sin contradicciones, de la primavera árabe en una política de apertura hacia todos los vecinos, incluso Irán y Siria, con cierto pragmatismo. El emir Cheick Hamad bin Khalifa al-Thani, después de haber depuesto a su padre mientras estaba en un hotel de Ginebra accedió al trono y es el más activo e impetuoso en la escena internacional, reúne todos los poderes pero las relaciones internacionales constituyen su prioridad, donde concentra importantes medios financieros; un año después de haber tomado el poder funda la poderosa Al-Jazeera.

En este remodelaje geopolítico sin precedentes de Medio Oriente que se produce desde 2011, una de las incógnitas es el impacto que puede haber tenido en Irán la 'Primavera árabe'. No se ha traducido en una 'primavera persa', a causa de la desorganización del movimiento verde, moribundo desde 2009, pero sobre todo por el control absoluto que ejercen los 'Guardianes de la Revolución' sobre

la sociedad iraní. Irán aparece como el único estado chiíta y persa en una región de mayoría sunita y árabe, su porvenir geográfico se juega hoy en Siria, país que constituye un lugar estratégico al que tienen las potencias imperiales occidentales, otomana, persa, árabe y rusa; no obstante los muchos protagonistas de esta crisis, ella constituye una oportunidad para consolidar su rol regional. Pekín y Moscú acuerdan en ver emerger un sistema multi-polar que escape a la influencia exclusiva occidental, sirve a sus intereses pero también a los de la República islámica, para quien el mantenimiento del enclave sirio es una cuestión de supervivencia, Occidente parece sin embargo resuelto a resolver el problema iraní una vez por todas; de la resolución de la crisis siria depende el porvenir de la República islámica pero también el del complejo de seguridad Medio Oriental en su conjunto.

No hay duda, sigue expresando la autora, de que Israel, una nación que vive armada y cuya retórica no difiere de ningún nacionalismo, sirve de referencia a los intereses imperialistas en la región, lo que afecta la sobrevivencia moral del pueblo y la sociedad israelita, que hace tiempo no responde a su tradición en pos de una cruel razón de estado que es capaz de ejercer formas brutales de violencia y sometimiento contra otro pueblo. Es evidente que se pide a Palestina que se rinda como una precondición para la paz. En lo que concierne a Siria, está claro que Bashir el-Assad ya no puede retener el poder ante un enfrentamiento con su propio pueblo que se ha vuelto una verdadera guerra civil. En un mundo de alianzas cambiantes, depresión y competencia militar y económica, EE.UU. necesita tener sujeto a Israel. En relación con Irán, Israel preferiría golpearlo directamente a causa de su desarrollo nu-

clear, pero EE.UU. tiende a pensar que por el momento es suficiente imponer sanciones.

El movimiento "J'en ai marre! – Enough is enough en Senegal, expresa un amplio descontento por la ineficacia política. La protesta no se limita al desempleo o a la regularidad del proceso electoral, sino que los jóvenes tienen plena conciencia de su potencial y rol en implementar el cambio, que es lo que África necesita urgentemente.

En un apéndice titulado "Study Cases" la autora sigue encarando una serie de casos: 1) "El mundo desarrollado: entre la 'inclusión' y 'la marginación' social, entre el riesgo y la incertidumbre", menciona los movimientos de protesta del s. XXI: a) la rebelión de la juventud francesa b) La situación racial en EE.UU. 2) "América latina en un mundo globalizado" despliega algunos ítems representativos: a) La juventud precarizada en el continente y las aparentes soluciones que pueden seducirlos. b) El discurso indígena: rebeldía y contrapoder. c) Sobre la condición indígena. 3. "Subalternidad de África y la eterna dicotomía entre ricos y pobres". 4. "Reforma universitaria y política en Italia". 5. "Reforma universitaria de 1918: la protesta como herramienta de lucha popular".

Esta obra presenta, en fin, un detallado panorama de la situación socio-político-económica del sistema actual imperante de mundo y de las prometedoras reacciones que han tenido lugar desde la ciudadanía en casi todos los países, indicando claramente la necesidad de un replanteo profundo, que a nuestro entender sólo podrá ser llevado a cabo a través de una lógica que se construya interculturalmente, es decir, desde las diferentes experiencias que constituyen nuestra historia real, para un orden ya no global sino ecuménico, de diálogo de pueblos.